

ARTHUR VIEIRA

Leyendas de Portugal



NASCIMENTO
Chile

1932



134.3-5 Vieira, Ar

No fui el único que
vivi la noche de
vastos temores,
con ojos apagados

W. Heine

Santiago Chile 1933

1

EDICIONES DE PROPAGANDA
debidas al Sr. Dr. Ferreira d'Almeida

CAMPOAMORIANA.—Madrid, 1917.

MUJERES, AMOR, ETC.—Copenhague, 1923.
(en danés)

CENA DE LOS CARDENALES.—Copenhague, 1925.
(en danés)

SONETOS PORTUGUESES.—Copenhague, 1925.
(en danés)

EL PORTUGAL HEROICO.—Santiago, 1928.

SAN ANTONIO DE LISBOA.—Buenos Aires, 1931.

POETISAS DE PORTUGAL.—Santiago, 1932.

LEYENDAS DE PORTUGAL.—Santiago, 1932.

SAN ANTONIO DE LISBOA.—Santiago, 1932.
(2.ª edición)

EN PREPARACIÓN:

SANTOS DE PORTUGAL.
(Arthur Vieira)

FISONOMIA ESPIRITUAL DE LA RAZA PORTUGUESA.
(Tomás Gatica Martínez)

A R T H U R V I E I R A

Leyendas de Portugal

La lealtad patriótica
El sentimiento religioso
La fidelidad amorosa

9.



Conferencia pronunciada en el Club de
Señoras de Santiago, el 10 de Junio
de 1932, celebrando el Día de Camoens.

Barcelona
Peru

N A S C I M E N T O

SANTIAGO

CHILE

1932

EDICIÓN HECHA Y PROLOGADA POR EL MINISTRO
DE PORTUGAL EN CHILE Y OFRECIDA AL AUTOR,
COMO PRUEBA DE CORDIAL AMISTAD, VIVO Y SINCE-
RO RECONOCIMIENTO POR SU CONTRIBUCIÓN DES-
INTERESADA Y BRILLANTE AL MEJOR CONOCIMIEN-
TO EN CHILE DE LA GLORIOSA PATRIA LUSITANA.

SE IMPRIMIÓ UNA TIRADA ESPECIAL DE 15 EJEM-
PLARES EN PAPEL CHAMOIS, NUMERADOS DE 1 A 15.

SABROS

Núm. 1193

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento
—A humada 125—
Santiago de Chile—1932.



PREFACIO

10 DE JUNIO

Día de Camoens, fecha memorable dedicada, por los cincuenta millones de seres que en todo el orbe hablan portugués, al poeta máximo de su raza, al genial cantor de sus glorias insignes, excelso poetisador de la Historia Lusitana, luchador heroico que, "llevando siempre en una mano la espada y en otra la pluma", escribió con su sangre estrofas que otras no hay más sentidas ni más bellas. Por eso su obra cumbre, "Los Lusiadas", es, por su veracidad, su grandeza, su elevación, la mayor epopeya de la Humanidad.

San Antonio de Lisboa, predicando en Marruecos, Italia y Francia, en el siglo XIII, y Luis

de Camoens en el XVI, esparciendo por el mundo a manos llenas y con estro potente, de Lisboa al Lejano Oriente, su erudición asombrosa, son dos exponentes soberbios del avance de conocimientos profesados ya en tan remotos tiempos, en la vetusta Universidad de Coimbra, la Reina del Mondego, manantial inspirador del cerebro de toda una raza viril, emprendedora y fuerte.

No hay ejemplo de dolor y sufrimiento más criadores de belleza poética que los de nuestro Camoens en guerras, prisiones, hambre y naufragio, de que surgía siempre en su expresión más pura de floración divina una canción, un soneto encantador. De 360 de éstos hay varios, como el que sigue, que la gente portuguesa recita como una plegaria:

Alma mía gentil que te partiste
de esta vida mortal tan brevemente,
descansa allá en el cielo eternamente
y viva yo en la tierra siempre triste.

Si en el asiento etéreo a do subiste
memoria de esta vida se consiente,
nunca te olvides del amor ardiente
que en mis ojos, tan puro, un día viste.

Y si ves que algo puede merecerte
el inmenso dolor que me quedó
del daño irreparable de perderte,
Ruega al Dios, que tus años abrevió,
que tan presto de aquí me lleve, a verte
cuán presto de mis ojos te llevó.

Eligió muy bien mi querido amigo Arthur Vieira, como tema para celebrar en Chile con una conferencia el Día de Camoens de 1932, las Leyendas de Portugal. Nadie las estilisó mejor y en más linda forma, que Camoens, ese caballero andante de legendaria vida, criador él mismo de leyendas magníficas, como la del Adamastor, gigante guardián del Cabo de las Tempestades, que sólo Gama pudo vencer y crismar de Buena Esperanza, evocación universalmente reconocida como la más bella y grandiosa de la poesía épica.

La felicidad de los portugueses fué que viniera el Poeta, pues material no faltó hasta hoy en su gloriosa Historia, y tan hermosa que en toda ella se confunden realidad y leyenda. La de la Reina Santa Isabel de Portugal, esposa del Rey D. Dionisio, cuyo cuerpo se venera en Santa Clara de Coimbra, parece histórica; al contrario, la del Magrício o los 12 de Inglaterra, y la de

Inés de Castro, coronada reina después de muerta, son historia y parecen leyenda, y así siguen en la poesía y en la tradición popular. ¿Qué portugués no visitó a la orilla del poético Mondego la Fuente de los Amores de Inés con el Príncipe D. Pedro, para ver la sangre que la piedra eterniza y los versos con que Camoens immortalizó tan trágicos amores?

Hablando de leyendas interesantes, recuerdo una de las más antiguas: la de los fundadores de Roma, Rómulo y Remo, alimentados por una loba. Cuando el gran Napoleón dominó la Ciudad Eterna, notó que sus príncipes no le ligaban importancia. Convocó, entonces, a palacio al Príncipe Máximo, y dirigiéndosele en tono alegre:

—¡Dicen, príncipe, que descendéis de Rómulo y Remo!

—¡Ah!, Sir, es apenas una broma que circula en nuestra familia hace 2000 años! —fué la significativa contestación del príncipe.

Dos países de Europa fundan su origen legendario en la aparición de la Cruz de Cristo: Portugal, con el Milagro de Ourique, descrito por Arthur Vieira, y Dinamarca, donde el aparecimiento de la Cruz dió nombre a su bandera

(única que lo tiene), el Dennebrog. Por eso la Cruz que ostenta este folleto, es la que flotó en nuestras carabelas y cubre el pecho de nuestros héroes. Y, coincidencia notable, en el idioma universal, el francés, estas dos naciones son las únicas masculinas de Europa.

Para el viajero ilustrado y curioso, visitar Portugal es interesantísimo. De Guimarães a Castro Marín, desde Almourol a Silves de las moras encantadas, encontrará siempre la leyenda cristalizada en la piedra de los varios monumentos, castillos moriscos y romanos, mezquitas tornadas catedrales, monasterios, esbeltos templos, puentes y fuentes en muchos de los cuales están escritos, en el encaje delicado del estilo manuelino, nuestros padrones de gloria; y no sólo en el país, como en toda la costa africana de Marruecos a la Etiopía que, como Arabia, Persia e India, figuraba en el título de los Reyes de Portugal.

Así la leyenda portuguesa, en pos de nuestras carabelas, llegó a la India, China y Japón. Y para este Nuevo Continente pasó de norte al sur por Groenlandia, dando nombres portugueses a Terranova y Labrador, lo que la monumental

Piedra de Dighton vino a comprobar, rescatando para los portugueses, hermanos Gaspar y Miguel Corte Real, la gloria de haber desembarcado en América años antes de Colón.

Para la Sud-América, aunque Venezuela tiene un estado y un río de denominación portuguesa, y que lo son exclusivamente también los nombres Perú y Callao, fué el Brasil, esa preciosa y gigantesca continuación del viejo Portugal, el difusor de nuestras leyendas en el sur, afirmadas por las hazañas de Juan de Solís y Magallanes, denominadores del Plata y del Pacífico, y por fundaciones como Colonia del Sacramento sobre el Uruguay y Fuerte Coimbra sobre el Paraguay.

En el Brasil, la leyenda religiosa portuguesa es vasta y popularísima; citaré apenas la de Nuestra Señora la Aparecida, arrancada a las aguas del río Parahyba por pescadores portugueses, y que hoy tiene toda una hermosa colina del Estado de San Paulo, dedicada a su culto y veneración.

Desde el Brasil un marino portugués trajo para Luján una milagrosa imagen de la Concepción, patrona del antiguo reyno de Portugal, a cuya leyenda se debe toda una próspera ciudad

y que hoy es protectora de Argentina, Paraguay y Uruguay.

La leyenda tiene también su parte utilitaria, hace mucho aprovechada para el turismo, moderna industria que debemos cultivar. ¿Qué otra cosa ha sido sino utilización de la leyenda, las enormes peregrinaciones a Jerusalén, Mecca, Santiago de Compostela, Benarés y Kioto—y los millones de profanos que hoy visitan Verona de los Amantes, la Suiza de G. Tell, Dinamarca de Hamlet—o los religiosos que acuden a Lourdes, La Aparecida, a Luján y a Fátima, la más reciente de las leyendas de Portugal?

Y si Chile, porque su descubridor el portugués Magallanes no se ha quedado aquí, se cree exento de la influencia de nuestra leyenda—ahí está nuestro San Antonio tan querido, celebrado y milagroso, que, aunque erradamente le llaman de Padua porque allá murió, es, por sus antepasados, nacimiento en Lisboa, educación y temperamento, eminentemente portugués.

Santiago de Chile, junio de 1932.

A. FERREIRA D'ALMEIDA.

LAUS PATRIÆ



N el pálido alborear del 20 de enero de 1554, nacía el príncipe Sebastián, como una risueña promesa salvadora para la patria portuguesa, en la que el siniestro y ambicioso demonio del mediodía pusiera ya sus ojos inquisidores, mientras el sanguinario duque de Alba, azote de pueblos, afilaba las garras aceradas.

La pequeña nación había alcanzado el cenit de su esplendor marítimo y colonial, y podía decir, como España, que en sus dominios no se ponía el sol. En poco más de media centuria, cumpliendo la inspirada videncia náutica del infante solitario de Sagres, creador de aquella escuela de navegantes que hiciera vislumbrar a Colón el camino de América, la gente lusitana

desvendara los mares ignorados, descubriera mundos, conquistara imperios, y a todos los rincones del globo llegaba el triunfante pendón de la divisa cristiana, como heraldo de la civilización occidental, enarbolado en lo alto de las frágiles e impávidas carabelas, cuyo velamen parecía inflar el aura de la inmortalidad.

¡Obra de titanes para inspirar a un genio! Y el genio surgió, sobre la cúspide de la epopeya gigantesca, cristalizado en Luis de Camoens, el cantor luminoso, que desgranaba sus rimas sonoras, glorificando armoniosamente a los intrépidos argonautas de la "dichosa patria que tales hijos tuvo".

Creció Sebastián, engañosa esperanza de la nacionalidad amenazada, fraguando en su mente ardorosa el plan homérico de la conquista de Mauritania, que él quisiera engarzar, como una joya resplandeciente, en el blasón heráldico de la dinastía juanina. Y en una tarde otoñal, bajo el aureo dosel del infinito, leyendo las admirables estrofas de su famoso poema épico, decía el poeta máximo de la raza, ante la figura visionaria del mozo rey, cuya vida ingenua y casta debía esfumarse luego, en un trágico sueño de

leyenda heroica, sobre los campos africanos de Alcázarquivir:

“Amor de patria oiréis, y no movido
de premio vil, sino alto y casi eterno,
que no es vil premio hacerse conocido,
ennobleciendo su solar paterno” . . .

Hoy, día de su glorioso aniversario, transcurridos cerca de cuatro siglos, en contacto espiritual con vuestras almas comprensivas, me permite parafrasear al vate de la grey, respetada conmovidamente la distancia incommensurable que va de mi humilde obscuridad a la inmarcesible grandeza que evoco en esta insubstancial divagación sobre leyendas portuguesas. Y os digo yo también que amor de patria oiréis, y no movido de premio vil, sino del alto y casi eterno sentimiento de devoción filial que, en este acogedor país lejano y amigo, sin reparar en temas o circunstancias, me anima a ennoblecer ese vestido y añorado solar paterno, que aureoló mis primeras sonrisas y mis primeros anhelos, y que parece que fuera siendo, él también, a medida que más me identifico con la familia chilena, una

grande, una enorme, una colosal y emocionante leyenda, agigantada, en la distancia y en el tiempo, por el inmenso prisma de mi lusitana “saudade” . . .

LA LEYENDA



HOY a hablar, por lo tanto, muy brevemente, de algo del pasado portugués, sirviéndome de episodios que, sin perder su base histórica, se visiten con el ropaje de la leyenda — en esta charla que sólo trasunta el mérito de un excusable fervor patriótico y en la que ojalá yo pudiera daros, tan siquiera, la leve sensación de un poco de belleza . . .

La leyenda nació con el hombre, y con él viene peregrinando por la tierra, desde que la suprema voluntad hacedora lo sacó del barro inerte, y le dió luz de razón, y poder imaginativo, y pudo él balbucear la primera sílaba, y sentir, y pensar, y sufrir, y expresar en palabras y acciones sus sentimientos y sus pensamientos.

En la bruma del pasado maravilloso se engendraron los primeros dolores y los primeros triunfos, y es lo maravilloso una tendencia peculiar en los pueblos de remota historia, que se enriquece, de generación en generación, con el vibrante colorido de la rica fantasía popular. Puede afirmarse que, si queremos conocer profundamente las características étnicas de una raza, debemos estudiar sus leyendas. Basadas en las tradiciones y en las costumbres, ellas nos dicen lo que esa raza es, revelan sus inclinaciones y fijan claramente su temperamento ideológico y hasta el grado de su mentalidad.

Será siempre la leyenda germen fecundante de inspiración creadora. No en vano algo del origen misterioso o legendario de la vida, llora o canta en nosotros, desde cuando nos mecen en la cuna para adormecernos en el regazo de la inocencia—y más tarde despertamos a la pubertad, y amamos, y soñamos, y luego viene la plenitud, y después el atardecer, y contamos a nuestros nietos las hazañas de los héroes pretéritos —hasta cuando nuestros ojos, fatigados de universo, se cierran para el reposo final, en el que, sin embargo, vamos a ser, infinitamente, germi-

nación y fruto de una leyenda eterna, que pasa por la historia como un hálito de perenne lozania, a insuflarle alma, y sangre, y luz, y calor espiritual, y palpitaciones de corazón . . .

EL MILAGRO DE OURIQUE

ORTUGAL, tierra tradicionalista, es naturalmente pródigo en leyendas. Pueblo guerrero en la antigüedad y aún en la Edad Media, por defender a hierro y fuego el patrimonio nacional —pero sencillo y bueno en la paz, sobrio, de suaves y sanas costumbres y de vieja educación religiosa— sus leyendas, o reflejan la semblanza patriótica y guerrera, o son suaves y sencillas como él, muchas veces ingenuas o de ambiente religioso, en que lo sobrenatural matiza casi siempre el fondo prodigioso de la narración.

Remontándonos a la antemañana de la nacionalidad, es tal la fuerza evocadora de la tradición, que ella nos dice haber surgido Portugal a la vida libre por un milagro de leyenda.

En efecto, a principios del siglo duodécimo, frente a León, Aragón y Castilla, que vivían en guerras frecuentes, unas veces por la supremacía política, otras en defensa de la fe cristiana contra los sarracenos, Alfonso Henríquez, mancebo hercúleo, templado en el fragor de las batallas, que a los catorce años de edad se invitó a caballero tomando las armas por sus propias manos del altar de su patrono Santiago, aparecía en el escenario peninsular como un adversario formidable, fruto varonil del matrimonio de Teresa de León con Enrique de Borgoña.

Siendo apenas adolescente, se rebela contra los devaneos de su madre con el conde Pérez de Traba, porque faltara a la sagrada memoria de su difunto marido el conde de *Portus Cale*. Iluminado por una fe redentora, proseguía sus campañas aguerridas, en la esperanza de ser proclamado rey de las pequeñas provincias lusitanas.

Pero, ¿cómo afianzar la nueva monarquía? Naturaleza indomable, casi roto el vasallaje que debía a su primo Alfonso VII de León, mas en lucha constante con la brava y tenaz morisma, radicada en apreciables extensiones del territorio

que él ansiaba conquistar, enervado por la continuidad de la brega fatigosa, el espíritu del mozo príncipe flotaba vacilante en un océano tenebroso de hondas inquietudes.

Había que librar, sin embargo, la batalla decisiva. Y fué así como acampó en los alrededores de Ourique, con los trece mil hombres escasos que restaban en sus huestes diezmadas, frente a una densa floresta de tropas infieles.

La noche del 24 de julio de 1139, plena de incertidumbre, había descendido sombríamente sobre los campamentos y sobre las almas intranquilas. En su tienda, Alfonso Henríquez buscaba serenarse en la lectura de la Biblia. Y dicen que adormeciendo, después de un corto sueño místico, se le presenta un venerable anciano, que así se expresa:

—Cobra ánimo, señor. Eres hijo dilecto de Dios, y El te manda decir por mi boca que salgas del campamento, sin testigo alguno, porque tiene determinado revelarte los torrentes de su misericordia.

Así lo hizo Alfonso. Y en cuanto se halló solo, le apareció un rayo de luz bajado del cielo, que poco a poco se fué agrandando en fantásti-

cos resplandores. Y espantado de la visión, suspenso el aliento y fijo todo él en aquel lugar, el príncipe vió, formada del mismo rayo, una cruz de mayor claridad, más brillante que sol, y en ella a Cristo crucificado.

Arroja Alfonso la espada y el yelmo, se echa a tierra sollozando y grita:

—¿Por qué a mí, Señor? ¡A los infieles, para que aprendan a conocerte!

A lo que le fué contestado:

—No vengo a confirmarte en la fe, sino a fortalecer tu corazón para que asientes tu reino sobre cimientos perennes. Confía, Alfonso, que hallarás a tu gente contenta y esforzada para el combate, y de ella te será requerido que no entres en pelea sin el título de rey. En ti y en tu descendencia quiero fundar un imperio que habré como predilecto, y por el cual mi nombre será llevado a las más remotas gentes del mundo.

“Verdad o mentira piadosa, milagro del insondable poder divino que lo obrara, o milagro del amor patrio que lo fingiera, todos lo creyeron”—dice el autorizado Antonio Feliciano de Castilho, nuestro ciego paleólogo de las odas anacreónticas.

Y la batalla se libró al amanecer del siguiente día. Y un puñado de varones cristianos desbarató, en pocas horas, al poderoso ejército moro. Y hay quien dice que fué así como de un milagro de leyenda nació el reino de Portugal.

LEYENDAS POPULARES



N la suma fabulosa de leyendas portuguesas, hay algunas popularísimas, como:

La que rodea a Viriato, el pastor arrogante, que en los tiempos de la invasión romana, siglo y medio antes de la era actual, se diseña con rasgos inconfundibles; ese “dux latronum”, como le llamaban las legiones de Galba, cuando el caudillo lusitano, escapando a la matanza ordenada por aquel general, recorría campos y ciudades para reunir a los fugitivos y ejercer venganza implacable. Es así como vence al pretor Vettilio en Turdetania, derrota a Plaucio, penetra en la Bética, llega hasta Valencia, bate a Quinto Fabio en las cercanías de Cádiz, sorprende a Metelo en Lucena, limpia de enemigos a

toda la Lusitania, y sólo sucumbe bajo el puñal traicionero de algunos sicarios, comprados con el oro de los invasores.

O la enterñecadora de Iria, o Irene, la linda y virtuosa doncella, que dice en el añejo romance:

Estando a mi puerta,
cosiendo en mi almohada,
con aguja de oro
y dedal de plata,
pasó un caballero
y pidió posada.
Diérala mi padre,
muy bien fuera dada;
mas dióla mi madre,
por demás confiada . . .

En la alta noche el caballero rapsa a Irene, y la lleva a despoblado, y la maltrata, y la degüella, y sobre el cadáver brotan entonces las más lindas flores del paraíso portugués. Y allí erigen una ermita consagrada a Santa Irene, y de Santa Irene sale el nombre de Santarem para la ciudad que existe en aquel lugar, plaza

fuerte de gran renombre en las luchas de cristianos e islamitas.

O la que adorna el histórico gesto de Egas Moniz, el noble y leal servidor del primer soberano, el que va con toda su familia a presentarse al rey de León, haciendo el camino a pie, descalzo, con una cuerda al cuello en señal de sumisión—y todo porque su pupilo, en los ímpetus de independencia que le bullía en la sangre, rompiera la promesa de vasallaje, sellada con la palabra del austero preceptor.

O el delicado y suave milagro de la princesa de Aragón, cuando se transforman en rosas las monedas y los panes substraídos a la indulgente avaricia del sapiente y metódico Dionisio, su esposo, para mitigar el hambre de tantos pobrecitos de Dios, para quienes eran consuelo, más que esas escasas dádivas materiales, la caricia de su voz, el candor de su humildad, su sonrisa inmaterial y la dulzura de su mirada—dones divinos que florecen todavía en la tradición lusitana para venerar a la santa reina Isabel de Portugal . . .

O la que cuenta Camoens, con fundamento de verdad, en el canto sexto de “Los Lusiadas”,

la de los doce gallardos mancebos, capitaneados por Magrício, que van a Inglaterra a batirse donosamente en defensa de doce damas ultrajadas —pero corriendo el riesgo de sufrir esa terrible pena del fuego de la Edad Media, si no vencían, como vencieron, a sus apuestos rivales.

O las que se tejieron alrededor de los trágicos amores de Inés de Castro, en las poéticas orillas del río Mondego, con Pedro de Portugal, que más tarde se venga cruelmente de los asesinos de su amada, haciéndoles arrancar por la espalda el corazón palpitante, y sienta a la muerta en el trono para coronarla reina de sus Estados.

O muchas, muchísimas otras, con las que yo tendría como hablar interminablemente de leyendas de Portugal, tantas son y tan hermosas las que embellecen las tradiciones de mi tierra. Trato de ser breve, narrando solamente tres de ellas, en que quiero simbolizar *la lealtad patriótica, el sentimiento religioso y la fidelidad amorosa*.

LA LEALTAD PATRIOTICA



A primera emana de un episodio histórico, con relieves legendarios—uno entre tantos que enaltecen el valor y el carácter de todo un pueblo.

Corría el año de 1373. Reinaba en Portugal aquel desdichado esclavo del nefasto dominio pasional de Leonor Teles, Fernando, el *Hermoso*, a quien Enrique de Trastamara había declarado la guerra.

Grandes fuerzas castellanas invaden las provincias del norte lusitano, sin que nadie pueda atajarles el paso hasta las inmediaciones del castillo llamado de Faría, situado en la falda de un monte acantilado, en el corazón de Miño, teniendo lugar allí un fiero combate en que cae

prisionero el alcaide Nuño González. Luego piensa el viejo y leal soldado en salvar la fortaleza, que dejara al mando de un hijo suyo, ya que éste, viendo a su padre prisionero, ciertamente la entregaría.

Se hace conducir allá. Un heraldo sale de la vanguardia de las tropas vencedoras y grita cerca de las murallas:

—¡Mozo alcaide! ¡Mozo alcaide! Tu padre, cautivo del muy noble Pedro Rodríguez Sarmiento, adelantado de Galicia por el muy excelente y temido Enrique de Castilla, desea hablar contigo.

Gonzalo Núñez, el hijo del viejo alcaide, avanza y dice al momento:

—Que la Virgen proteja a mi padre. Anunciadle que le espero.

Se acerca Nuño González y le pregunta a su hijo:

—¿Sabes tú, Gonzalo Núñez, de quién es este castillo que, según el regimiento de guerra, entregué a tu guardia?

—Es—contestó el joven alcaide—de nuestro rey y señor Fernando de Portugal.

—¿Sabes tú, Gonzalo Núñez, que el deber

de un alcaide es el de jamás entregar, por ninguna causa, su castillo a enemigos, aunque quede enterrado en sus ruinas?

—¡Lo sé, padre mío!

—¡Pues, si lo sabes, cumple con tu deber, alcaide del castillo de Faría! ¡Maldito por mí, seas tú sepultado en los infiernos, como Judas, el traidor, en la hora en que los que me cercan entren en ese castillo sin tropezar en tu cadáver!

Las últimas palabras las ahogaron enemigas lanzas, sedientas de aquella vida, ofrendada, como otras, en holocausto a la patria. Y dicen la historia y la leyenda que el hijo de aquel héroe —uno entre tantos que enaltecen el valor y el carácter de todo un pueblo—no sólo vengó la muerte de su padre, sino que fué luego protagonista de altos y portentosos hechos que para siempre dejaron famoso en los anales del reino de Portugal el nombre ilustre de los alcaides de Faría.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO



L motivo religioso en la leyenda es, sin duda, el más difundido en mi país, principalmente entre las clases populares. Sucesos sin cuento, antiguos y recientes, en los que la viva imaginación de la raza halla siempre preciosos elementos para su pródiga fantasía, atestiguan la maravillosa fecundidad del sentimiento que en ella palpita. No obstante, la leyenda que voy a referir es sencilla, y la elijo porque tiene la particularidad de originarse en un fenómeno, cuya repetición he podido constatar personalmente.

Mi ciudad natal, Barcelos, es un verdadero primor, no por ser mía, sino de Miño, provincia a la que llaman, con razón, el jardín de Por-

tugal. Fué la primera población lusitana con título nobiliario, concedido en 1298, y en sus ramas genealógicas figura nada menos que el santo condestable Nuño Alvarez Pereira, progenitor de la real casa de Braganza, que debía empezar a reinar en 1640. De él, como de otros santos portugueses, hablaré algún día.

A las nueve horas del viernes 20 de diciembre de 1504, los habitantes del ya entonces importante burgo, fueron sorprendidos con la aparición, en el suelo duro y arcilloso de una plaza pública, de una cruz de color negro, perfectamente diseñada, midiendo dos metros treinta centímetros de largo por un metro ochenta centímetros de extremo a extremo de sus brazos.

Mientras el fenómeno se reproducía en distintos lugares, para desaparecer después de horas, días o meses, esta cruz se mantuvo inalterable, por lo que, tornándose motivo de mucha veneración, sobre ella se construyó una capilla, y más tarde se encomendó a un notable escultor flamenco la imagen de Jesús, tallada en madera, rodilla en tierra, en actitud de descanso de la martirizante jornada hacia el calvario, con el instrumento del suplicio a sus espaldas.

Y he aquí la leyenda: —En el viaje de Flandes, por mar, el barco que conducía la imagen naufragó frente a la costa portuguesa. Pasado algún tiempo, una mujer de Barcelos, que andaba en la playa cercana recogiendo desperdicios, de los que suelen arrojar las ondas tormentosas, halla una mano de madera, con la pintura carcomida por las aguas salinas, la lleva a su casa y la echa al fuego del horno en que cocía el pan de la semana. Pero aquella mano, en vez de consumirse, dió en saltar, incólume entre las llamas, que adquirían mayor vigor a su contacto.

La mujer, alborozada, cuenta el milagro a los vecinos, y éstos se lanzan en busca de la imagen, a la que, sin duda, debía pertenecer aquel santo hallazgo. Y, efectivamente, la encuentran varada entre unas rocas, y la trasladan procesionalmente a su capilla de Barcelos, esto a principios de mayo. Y en cuanto la procesión da entrada en la villa, van apareciendo las calles por donde ella pasa llenas de cruces, dibujadas misteriosamente en el suelo, y que luego desaparecen.

Quieren después restaurar la imagen, muy

dañada en el naufragio. Y aunque llaman a los mejores y más expertos artistas del pincel, no existe en el mundo pintura que se adhiera a tan sagrada epidermis.

En 1705, ya ampliamente reconocido el poder milagroso del Señor de la Cruz, se daba término a un majestuoso templo—que aún hoy es el orgullo de los creyentes de la ciudad— todo él de granito, con monumentales naves abovedadas, en una de las cuales quedó, artísticamente encerrada, la primitiva capilla.

Y aquí viene, recogida de la tradición oral, como la anterior, la expresión legendaria más significativa del ingenuo y hondo sentimiento religioso: En ese mismo año de 1705, celebrando la inauguración del templo, se extremaron los preparativos de los festejos en honor del Señor de la Cruz. Pero cuando quisieron sacar la imagen, como en años anteriores, ella, ignorándose por qué causas, se puso a crecer de tal manera que fueron vanos todos los esfuerzos de la hermandad para lograr su intento. Más tarde hicieron llegar de Roma otra imagen, verdadera maravilla de arte, llamada el Señor de las Estaciones, a la que después se paseaba procesio-

nalmente por la noble villa, sobre los hombros de los cofrades.

Mucha es la devoción del pueblo por el Señor de la Cruz, y abundantes los milagros que le atribuyen. Relataré uno de ellos, muy breve, contado en las crónicas del tiempo:

En 1638, Matías Pais, en el atrio de la capilla, porfiaba obstinadamente con otras personas "que en las cruces no había milagro alguno, sino que eran vena natural de la tierra". Y dicho esto, *le* pareció que caía un rocío del cielo, y de pronto perdió la vista.

La recobró poco después, y lo primero que vió fué una cruz de maravillosa grandeza, en el suelo de la plaza fronteriza, queriendo Dios demostrarle, en tan prodigioso acontecimiento, que no debía haber duda sobre el milagro. Matías Pais, siguen diciendo las crónicas, quedó atónito, se echó a tierra, y adoró la sagrada cruz. Y desde entonces afirmaba que no permitiría que alguien negase "el milagro de las cruces".

Pero . . . hablé del fenómeno, cuya repetición tuve oportunidad de constatar: En el verano de 1902, hace, por lo tanto, treinta años justos, regresábamos varios muchachos, en un *char-à-*

bancs, de una excursión realizada a unas termas cercanas a Barcelos, con la despreocupación natural de la primera juventud. La lluvia, caída sorpresivamente en esa cálida tarde de julio, deshizo el encanto del paseo, obligándonos a volver a la ciudad.

Cruzábamos el campo de la Feria, así llamado porque allí se efectúa el mercado semanal más importante del país, y vimos, no muy distante, un grupo numeroso de gente cercando algo que debía ser, a juzgar por la actitud de los concurrentes, en verdad impresionante. Descendimos del carroaje y nos acercamos.

Había cesado de llover. La hora se hacía luminosa. El sol esplendente parecía anegar de fulgores apolíneos los seres, las almas y las cosas. Reinaba en el lugar un imponente silencio, turbado apenas por el tenue murmullo de las proces. Hendía el aire diáfano el aleluya de la creación, con la que contrastaba aquel recogimiento de los espíritus, bajo el firmamento azul, bañado de oro y de alegría.

Y nosotros, mis compañeros y yo, joviales e irreverentes, divisamos en el suelo arcilloso y endurecido, nítida, limpia, pulcra, lavada por el

agua recién caída, una cruz más o menos como cuentan que era la de 1504; pero de un color morado oscuro, lo recuerdo muy bien, y sobre todo correctamente trazada. Allí nos quedamos hasta que se hizo noche. Y cuando volvimos, al día siguiente, al lugar del suceso, la cruz había desaparecido sin dejar el más leve rastro.

Puedo asegurar no haber sido víctima de una alucinación. Narro el hecho como observador curioso y veraz. ¿Fenómeno óptico o geológico? ¿Revelación sobrenatural? Soy apenas narrador, y me remito a lo que dice un cronista de la ciudad:

“¡Calla, soberbio pensador! Y si razones no descubres para explicar en este punto las vistas y los decretos de la divinidad, descúbrelos a lo menos para adorarlos. Y en este ejercicio de tu alma tú haces, sin duda, el mejor uso de tu razón. Tú eres ilustrado y prudente, sin dejar de discurrir; tú eres, en fin, cristiano, sin dejar de ser filósofo” . . .

LA FIDELIDAD AMOROSA



E leyendas amorosas hay en mi patria abundoso acopio que daría también materia para charlas interminables. Hago recuerdo de una, apenas conocida, y en cuya simplicidad está, a mi entender, su más tierna simpatía:

En agosto de 1385, don Antón Vaz Moniz, mozo de espíritu fuerte y apasionado temperamento, al rayar el alba de un magnífico día del estío portugués, se despidió de su novia, linda como los amores, junto a un balcón florido que los dos regaron con sus lágrimas ardientes, y corrió a alistarse en el *Ala de los Enamorados*, famosa pléyade de cautivos del corazón, en las

huestes del muy querido y popular Maestro de Aviz, don Juan, el primero, para librar la célebre batalla de Aljubarrota, en la que los portugueses hicieron prodigios de valor, derrotando a fuerzas muy superiores en número.

Cimentada definitivamente, en aquella inmortal jornada, la independencia lusitana, se desdoblaron los días, pasaron semanas, transcurrieron meses sin noticias de don Antón, mientras la desconsolada novia, linda como los amores, descreída, con la angustia en el alma, exacerbada por la duda inexorable, empezó a entristecer, huyendo los colores de sus mejillas, marchitándose su carne rosa; y su talle flexible se fué inclinando hacia la tierra, como el tallo de una flor doblegado por el viento. Hasta que al rayar el alba de un día como aquél en que partiera su amado, fueron a encontrarla muerta junto al balcón florido que tiempos antes regaran los dos con sus lágrimas ardientes, y en donde, en el instante de la despedida, ella oyera palabras de dulce promesa a su electo, que no mintiera nunca.

Cerca de treinta veces había dado la tierra su vuelta cotidiana tras la muerte de la virgen aman-

te del mancebo heroico, cuando se oyó el galopar de un corcel en la villa silenciosa. Era don Antón, quien, poco después, escuchaba de labios de la vieja aya sollozante el triste fin de su amada, y allí mismo juró mantener virgen su corazón de otro amor.

Y luego hizo partir pregoneros, llamando a los pobres de muchas leguas a la redonda, entre los cuales don Antón distribuyó todos sus inmensos caudales, reservándose apenas un yermo serrano de rocas abruptas, a donde sólo subían las aves y los pastores.

Por sus manos construyó allí una ermita muy pequeña, y allí se quedó todo el tiempo que la voluntad del Señor tardó en llamarlo a su seno. Y dicen que en la alta noche podía verse vagando entre las breñas la figura ascética del hidalgo penitente.

Hoy, casi seis siglos después, cerca de la muy antigua villa de Obidos, en la cima de un monte alto y rocoso, aún se divisa, pequeñita e ingenua, la ermita de San Antón. Y un día cada año suben a aquel monte grupos de pastores y aldeanos, con sus ganados y sus promesas, para

rendir homenaje al amor sublime, como sabe sentirlo un corazón lusitano, cuya prenda de fidelidad esconde, en el recuerdo de sus murallas centenarias, la modesta capillita a que llamaron "Ermita de la Saudade" . . .

DOS PATRIAS



NHELO hablar un día de algunos santos portugueses, observados profanamente en su estructura poética.

Hoy os he hablado de algunas leyendas. Perdonad si no lo he hecho bien, en esta breve digresión, excusable únicamente, como ya lo manifesté, por las buenas intenciones patrióticas que me alientan, en todos los instantes, para hablar de mi tierra, para exaltar a mi patria, para recordar a mi Portugal.

Dije, no hace mucho, en otra reunión amiga, que Portugal, con sus tradicionales hazañas, sus jardines y sus florestas, su sol radiante y su clima edénico, ese pedazo de Europa en donde sonrió mi infancia y soñó mi adolescencia, es el pasado evocador, amado siempre a través de las

caricias maternales, que dejan huellas imborrables en el corazón humano.

Chile, esta tierra moza y vigorosa de América, a donde llegó mi bajel y en donde planté mi tienda, es el futuro promisor, mirado ansiosamente a través de las almas de mis hijos, en permanente floración de chilenismo, aurora esplendorosa para el crepúsculo de mi vida.

Y enlazando en mi corazón estos dos sentimientos afines, enlazo también en él a las dos patrias hermanas. Y ya perdidas las esperanzas de reposar en la mía, pongo en esta otra patria los ojos enterneados, pidiendo a Dios que la haga grande, próspera y feliz . . .









biblioteca
municipal
barcelos



27712

Leyendas de Portugal